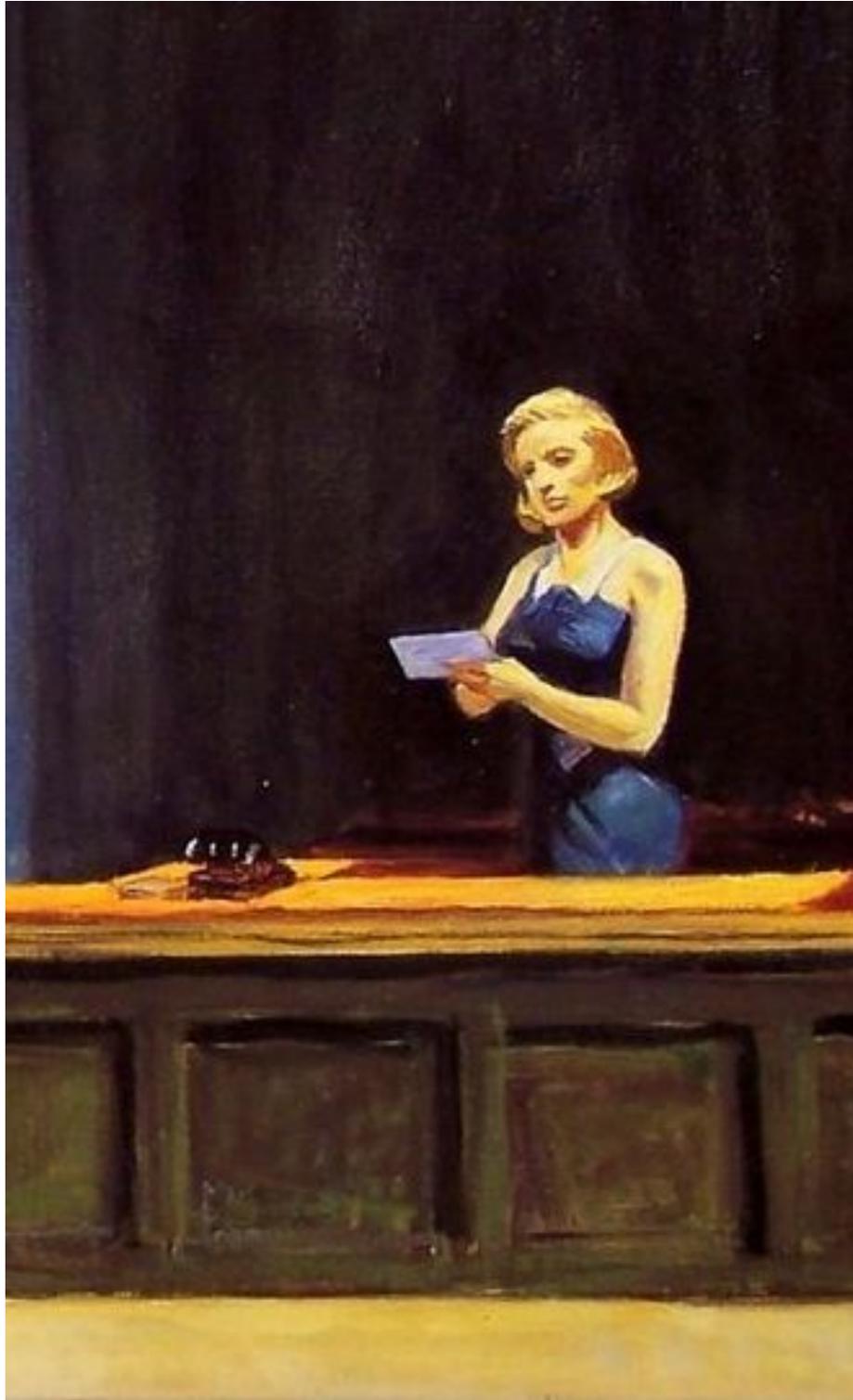


La buena chacha

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

La buena chacha

—Bueno. ¿Quién es? No me grite que no le entiendo. ¿Pascuala?

—¿Quién es?

—No sé. ¿Qué es lo que quiere? No conozco a ninguna Pascuala.

—Es la muchacha.

—¿Quién era?

—Que tienen secuestrada a Pascuala. Vela a buscar a su cuarto.

—¡Pascuala! No está. Debería estar. Pregúntale a Kevin.

—Que no la ha visto.

—Puta madre.

—¡No contestes!

—¿Y si le hacen algo?

—No contestes, nos vamos a meter en un broncón.

—No, cómo crees, qué si le hacen algo. ¿Bueno? ¿Qué quiere? Si apenas y la conocemos. Está usted loco, no tenemos esa cantidad de dinero. Solo lleva dos meses trabajando aquí. ¿Por qué nos llama a nosotros? Nosotros qué. Mejor suéltela y ahórrese un broncón que claramente no tiene idea de lo que está haciendo.

—¿Qué dijo?

—Que quieren cien mil pesos para el viernes, si no la matan.

—Qué ridículo. Cien mil por la chacha.

—No te rías.

—Pues, hay que hablarle a la policía o a sus papás, que ellos se encarguen. Nosotros qué.

—¿Qué es torcer?

—Matar.

—Dijo que si le hablamos a la policía la tuercen.

—Bueno, y por qué chingados nos llaman a nosotros, que le llamen a su familia. Nosotros qué chingados. ¿Qué, ahora nos van a empezar a pedir dinero para que no maten a gente que no conocemos?

—Sí, que barbaros. ¿Cien mil? ¿Por la sirvienta? Qué ridículos. Nosotros no tenemos por qué hacernos responsables de ella. Si quieren algo que se lo pidan a su familia. Los rescates se le piden a la familia no a los patrones.

—¿Crees que hay que avisarles?

—No, que tal si nos quieren echar la bronca, ya sabes como son.

—Seguramente es el novio. Todas son iguales, se dejan engañar. Ya vieron que tenemos lana y nos la quieren quitar. Aunque se las diéramos va a regresar la mensa chillando que no le dieron anda. La envidia es maldita, pero bien que no les gusta trabajar, pinches huevones.

—Esos novios nomás se aprovechan de ellas. Pobrecitas.

—Sí, no creo que le pase nada. No te preocupes, mi amor. Cuando el novio se dé cuenta que no somos unos pendejos la va a dejar tirada por ahí. Taruga, para qué le hace caso al novio. El auto-secuestro también es un crimen, eh.

—¿Y mañana quién le va a hacer de desayunar a Kevin?

—No sé. Yo no me voy a despertar a las siete.

—¡Qué pasó!

—¡Una oreja! ¡Una pinche oreja!

—Putra madre. ¿De qué color es?

—No sé, qué pinche asco. Vela tú.

—No vayas a vomitar ahí, eh. Qué puto asco. Está toda negra.

—¿Es de ella?

—No sé, yo qué chingados voy a saber.

—¿Tiene aretes, algo?

—No sé, no la quiero ver, está toda podrida.

—¿Qué hacemos?

—¿Dónde hay una pala?

—Yo que chingados voy a saber, no soy el puto jardinero.

—Ya mi amor, tranquila, no pasa nada.

—Mira.

—Qué asco, cierra ese cajón, no quiero ver los calzones de la chacha.
¿Qué es?

—¡Mira, mira!

—¡No mames! ¿Qué es? ¿Es un colibrí? Está todo seco, guácala. ¿Por qué chingados tiene eso ahí?

—No sé, ya ves como son de raritos los inditos. Mejor ni lo toques, déjalo ahí, no vaya a ser brujería o algo.

—Qué lo voy a tocar. Oye, mira, todo su dinero está aquí. Su tarjeta, sus credenciales, todo. No se hubiera ido sin sus cosas.

—Ay amor, si se las hubiera llevado hubiera sido demasiado obvio que todo era actuado. Si tienen cara de pendejas, pero no te creas, eh.

—¿Qué hacen?

—Nada, hijo. Salte de aquí, ahorita subimos.

—Tengo hambre. ¿Y Pascuala?

—Está enfermita, mi amor. Se fue a su pueblo.

—¿Qué tiene?

—Se enfermó de la pancita, mi amor.

—Pobrecita. ¿Y cuándo regresa?

—Todavía no sabemos, chiquito.

—¿Le puedes llamar? No encuentro mi Power Ranger rojo, no sé adónde lo puso.

—Súbete, mi amor. Ahorita voy y te ayudo a buscarlo.

—Sí, mami.

—Mira, aquí hay unos teléfonos, pero no dice de quien son.

—Ponlo en altavoz.

—Bueno.

—Bueno. ¿K'usi chaval?

—Buenas tardes. Soy la señora Miranda, la patrona de Pascuala. ¿Con quién hablo?

—Mu'yuk li' oye. ¿Mu xana' bu oy nak'al?

—No le entiendo, señora. Estamos buscando a Pascuala. Pas-cua-la.

—¿Mi xa vojtkin Pascuala?

—No le entiendo nada.

—Cuélgale, mi amor.

—¿Cómo le decimos? ¿Es usted su mamá? ¿De Pascuala? PAS-CUA-LA.

—Su mamá de la Pascuala.

—Señora, no aparece su hija.

—Ya mi amor, cuélgale, no entiende nada.

—No sabemos dónde está. Todas sus cosas están aquí, las dejé en la casa, pero no sabemos donde está. Ya tiene días que no regresa.

—Ya, cuélgale.

—Pobrecita. Creo que no entendió nada.

—Ya, mi amor, no pasa nada. Ya les avisamos, ya cumplimos. No es nuestra bronca. Que se haga cargo su familia.

—Pero no entendió nada.

—Ese ya no es nuestro problema. Nosotros ya cumplimos, que ellos se encarguen. A estas alturas ya deberían haber aprendido a hablar español. Hay que sacar todas sus cosas antes de que nos cause más problemas.

—¿En serio crees que se fue con el novio?

—Obvio, mi amor. Todas son iguales.

—¿Reconoces el número?

—No.

—Entonces no contestes, no vayan a ser ellos.

—Pero qué tal si están hablando para preguntar por el departamento.

—Contéstales, pero si son ellos les cuelgas luego luego.

—¿Bueno? ¿Quién es? ¿Pascuala? Es Pascuala. ¿Estás bien?

—¡Cuelga!

—¿Dónde estás? ¿Pero estás bien? No te entiendo nada. Sí, ¿pero en cuál? ¡Oye! Era Pascuala, estaba llorando. ¿Por qué colgaste?

—Te dije que le colgaras.

—Estaba llorando.

—¿Qué te dijo?

—Que por favor pasáramos por ella, que estaba afuera del metro, pero no me dijo cuál. Se oía bien asustada.

—Ya no vayas a contestar el teléfono, por favor. Mejor apágalo. El novio la dejó botada, vio que no nos pudo sacar lana y ahí la dejó, obvio. ¿Cómo se le ocurre? Eso le pasa por andar de puta, como buena chacha.